

La deslocalización de la protesta juvenil

En este artículo se defiende la hipótesis de que los movimientos juveniles de protesta pueden ser potencialmente adaptativos para una juventud caracterizada por su deslocalización social. Para ello se comienza por criticar el reduccionismo metodológico del modelo vigente de joven arribista, que sólo está movido por su busca de ascenso social. Después se postula un modelo pluralista que legitima la disidencia juvenil, a partir de autores como Merton, Hirschman y Mary Douglas, especialmente. Y por último se correlaciona la protesta antisistema con la deslocalización juvenil, a partir de la amortización y la devaluación de sus reservas de capital social.

Palabras clave: Movimientos antiglobalización, capital social, protesta juvenil, movimientos juveniles.

En su excelente análisis diacrónico de la protesta ambiental en España, Manuel Jiménez observa que la principal característica del movimiento ecologista español es una excesiva fragmentación localista que viene arrastrando desde sus orígenes en la Transición, y que sólo se ha corregido en parte durante los últimos años por influencia de la integración europea y de los movimientos antiglobalización, con eventos de protesta tan masivos como las movilizaciones contra la catástrofe del *Prestige* y la invasión de Irak (1). En cambio, frente a este localismo fragmentario que constituye el pecado original del movimiento ecologista, puede decirse que el sello primigenio del movimiento de protesta altermundista analizado en estas páginas es precisamente su contrario, ya que sólo nació por influencia mimética de las corrientes movilizadoras procedentes de las redes globales. En suma, cabe pensar que si la peor debilidad del ecologismo español es su excesiva dependencia de sus bases locales, la peor debilidad del altermundismo español bien pudiera ser su insuficiente arraigo local.

En este artículo introductorio se pretende explicar la naturaleza del movimiento antiglobalización a partir precisamente de este rasgo que acaba de apuntarse: su excesiva *deslocalización*, entendida como insuficiente o precario arraigo en redes o bases locales. Un rasgo *deslocalizador* éste que bien pudiera servir para explicar también otra de sus posibles características propias, como es la presunta propensión a la violencia antisistema que le atribuyen los medios de comunicación (2). En efecto, aplicando la teoría de juegos (3), puede postularse el principio de que las interacciones más densas y frecuentes, como las que se producen en las redes locales y comunitarias, son incentivadoras de la cooperación pacífica y desincentivadoras de la agresión violenta; mientras que, por el contrario, las interacciones más efímeras, dispersas y distantes, como las que se dan en las redes globales, incentivan la depredación agresiva y penalizan la cooperación altruista. De aquí se deduce la naturaleza rapaz y deslocalizadora de las empresas transnacionales, pero también se deriva la

(1) Manuel Jiménez Sánchez: *El impacto político de los movimientos sociales. Un estudio de la protesta ambiental en España*, CIS y Siglo XXI, Madrid, 2005.

(2) Manuel Jiménez y Javier Alcalde: "La construcción de la identidad del movimiento antiglobalización en España", *Revista Internacional de Sociología*, núm. 33, 2002.

(3) Robert Axelrod: *La evolución de la cooperación*, Alianza, Madrid, 1986.

propensión a la violencia gratuita que parece caracterizar a ciertas redes antisistémicas.

Este efecto perverso de las redes globales potencialmente violentas no se va a abordar en este artículo, que sólo se centra en analizar las razones que explican la creciente deslocalización de la protesta juvenil, entendiendo por ello el progresivo desarraigo de la juventud de su medio social originario. Y la hipótesis que se va a desarrollar aquí puede formularse inicialmente de esta forma: la protesta antiglobalización es un efecto reactivo causado por la deslocalización juvenil, pues las crecientes dificultades que experimenta la juventud para integrarse y arraigarse en su medio local puede llevarle a elevar su voz de protesta contra unas fuerzas globales distantes e incontrolables a las que imputa como culpables de su propia exclusión social.

Pero el que la protesta altermundista sea un efecto reactivo provocado por la deslocalización juvenil no significa que deba ser considerada como una reacción disfuncional, anómica, antisocial, desviada o irracional, según tienden a considerar la mayoría de los observadores tanto académicos como mediáticos. Es verdad que determinadas conductas violentas de ciertos grupos antisistema han de ser tipificadas como delictivas, por no decir criminales, en la medida en que vulneren legítimos derechos ajenos. Pero semejante tipificación no puede extenderse como un estigma sobre el conjunto del movimiento antiglobalización, que en su gran mayoría es pacífico y constructivo, por lo que su protesta ha de ser considerada como perfectamente legítima, por disidente que se muestre contra el *statu quo* vigente. Y no sólo legítima sino además funcional, o al menos racional, dado el entorno social al que ha de adaptarse la juventud deslocalizada. De ahí que, antes de analizar la deslocalización juvenil, haya que comenzar por cuestionar el vigente paradigma neoliberal que considera irracional toda conducta disidente, lo que equivale a reducir la racionalidad juvenil a la búsqueda conformista de la sumisa integración social.

1. Crítica del modelo de joven unidimensional

La mayoría de los modelos conceptuales utilizados para analizar la juventud resultan unidimensionales, pues reducen el comportamiento juvenil a una variante de la teoría del *homo economicus* que sólo define su propio interés en términos de integración social con movilidad ascendente. Así lo hace desde luego el determinismo economicista, que reduce la conducta juvenil a mera inversión en capital humano realizable de forma rentable en los mercados laboral, matrimonial y progenitor (4). Pero también hace lo mismo el determinismo sociologista, que reduce el comportamiento juvenil a mera socialización anticipadora de la futura integración adulta. La juventud sólo es racional, económicamente eficiente o sociológicamente funcional si maximiza su inversión en capital humano socializador, integrándose con éxito en su medio social. Y si no lo hace así, si no logra socializarse acumulando suficiente capital humano, o no sabe rentabilizarlo en los mercados laborales y familiares, fracasando en su integración social ascendente, entonces se trata de una juventud fallida: disfuncional o deficiente, es decir, desviada o irracional.

Estas dos versiones de un mismo modelo de joven unidimensional, sea economicista o sociologista, quedan sintetizadas en el concepto de estrategia familiar que propone Pierre Bourdieu, para hacer de la juventud

(4)
Gary Becker: *Tratado sobre la familia*, Alianza, Madrid, 1987.

una mera reproductora ampliada del capital social familiar (5). El *homo bourdiensis*, que es tanto economicista como sociologista, sólo busca reproducir y potencialmente ampliar, pero en cualquier caso no arruinar, el capital familiar heredado: un capital a la vez económico, humano, social y cultural o simbólico. De ahí que las familias sean dispositivos que disparan a sus hijos hacia lo alto de la escala social, apuntando por exceso al óptimo del ascenso y por defecto a la mera reproducción o reconversión social, pero siempre pugnando por resistirse al temido descenso social. Lo cual hace de la juventud no tanto la edad del arribismo trepador como una etapa de lucha por *enclasarse* y de resistencia al *desenclasamiento*.

Pero tanto si es económico o sociológico como si es mixto, este racionalismo juvenil estratégico resulta heredero de la Ilustración neoclásica, que hizo de la educación (en todas sus escalas: familiar, escolar, secundaria y universitaria) el gran instrumento de emancipación juvenil, sólo entendida como socialización anticipada. Así es como, finalmente, la juventud ha quedado reducida al modelo unidimensional de un tránsito socializador por un sendero determinista de sentido único y doble dirección ascendente o descendente, con destino último en la integración social potencialmente más elevada, y que sólo puede recorrerse linealmente hacia delante en sentido progresivo (único al que se considera racional y legítimo) o hacia atrás en sentido regresivo (descalificado como irracional e ilegítimo). Todo ello impulsado por el capital humano socializador individualmente acumulado como único motor determinista del ascenso meritocrático.

No obstante, y como era de esperar, la realidad empírica se ha encargado de refutar y desmentir este paradigma neoclásico basado en el cálculo estratégico del propio interés racional. Como es evidente, la meritocracia del capital humano prometida por la Ilustración no se cumple más que de forma insuficiente, aleatoria y contingente, pues en la práctica la integración ascendente no depende del capital humano individualmente acumulado sino del capital social interactivamente accesible. En efecto, los estatus no se logran ni se ocupan en virtud de los méritos personales y los títulos acreditados sino en función del acceso diferencial a redes sociales de influencia, confianza y reciprocidad (6). Más adelante habrá que volver sobre esto.

Pero el paradigma neoclásico se ha resistido a reconocer su refutación por la evidencia, prefiriendo atribuir la para justificarse a fallos y anomalías institucionales que sirven de excepciones que confirman la regla. En consecuencia, el incumplimiento de la profecía meritocrática es atribuido a los fallos del mercado por parte del sociologismo, a los fallos del Estado por parte del economicismo y a los fallos de la familia por parte de ambos. De este modo, cuando *de facto* la juventud no se integra ni asciende socialmente, siempre se recurre a culpar a los fallos de la familia progenitora, imputada como incapaz de socializar a sus hijos como se merecen; a los fallos del mercado, cuyas imperfecciones y rigideces impiden rentabilizar las inversiones en capital humano; o a los fallos del Estado de bienestar, cuyos ascensores institucionales (enseñanza pública, etc.) resultan obstruidos por la masificación y los efectos perversos, impidiendo garantizar universalmente a la juventud su efectiva igualdad de oportunidades.

(5)
Pierre Bourdieu: *La distinción y El sentido práctico*, Taurus, Madrid, 1988 y 1991.

(6)
Félix Requena Santos: *Redes sociales y mercado de trabajo*, CIS, Madrid, 1991.

A tales fallos se recurre con tal de echar balones fuera para culpar a los demás, negándose a reconocer el evidente fracaso explicativo del paradigma meritocrático. Pero si se postula una única forma legítima y racional de ser

joven, sólo movida por el afán de lucro y la busca de ascenso social, esto hace que una buena parte de la juventud quede automáticamente descalificada como irracional o ilegítima, es decir, estigmatizada como deficiente, desviada y disfuncional. Lo cual pronto se convierte en una profecía que se cumple a sí misma, si la juventud acepta reconocerse en esa etiqueta inculpadora que la condena a convertirse en juventud antisistema. Es lo que sucede cuando coinciden simultáneamente los fallos de la familia, el mercado y el Estado, posibilitando que la juventud estalle en una orgía incendiaria como la que arrasó en el otoño de 2005 las *banlieues* francesas.

2. Alternativas pluralistas al modelo de joven monista

No obstante, aunque la moda neoliberal continúe imponiendo por doquier la tiranía metodológica del modelo unidimensional, lo cierto es que siempre han coexistido con él otras versiones de la realidad social, necesariamente atípicas cuando no heterodoxas, que se han resistido a aceptar el paradigma unidimensional. Hay autores clarividentes que han rechazado el doble esencialismo reduccionista del *homo economicus* y del *homo sociologicus*, proponiendo una naturaleza humana mucho más compleja, pluralista y contradictoria, que no puede ser reducida al simple cálculo estratégico del propio interés ascendente. Además del afán de lucro y la ambición social, hay abiertas otras opciones alternativas, comprometidas e incompatibles, ante las que los seres humanos de cualquier género, edad, clase social y origen han de elegir. Y de entre los diversos modelos multidimensionales que se han propuesto como alternativa al monismo neoclásico, sólo citaré tres: los de Robert Merton, Albert Hirschman y Mary Douglas, autora esta última a la que dedicaré una atención especial.

Merton era funcionalista pero no unidimensional, por lo que comprendió que hay opciones humanas, perfectamente racionales y legítimas, que pueden ser disfuncionales pero también a la inversa, pues determinados incumplimientos normativos pueden resultar racionales y funcionales a la larga. Así es como propuso su célebre tipología de respuestas adaptativas ante los desajustes entre las expectativas de ascenso y las oportunidades de realización. Además del conformismo normativo, existen cuatro opciones anómicas o desviadas que pueden ser calificadas de racionales o funcionales en la medida en que resulten adaptativas a situaciones estructuralmente ambivalentes o contradictorias: es su conocida tipología de *innovación*, *ritualismo*, *retraimiento* y *rebelión*, como cuatro alternativas al conformismo dominante (7). Esta tipología puede aplicarse perfectamente para caracterizar las diversas estrategias de la juventud, tal como por ejemplo fueron tipificadas en la investigación coordinada por Eusebio Megías (8) sobre las actitudes políticas de los jóvenes españoles: *escépticos* (retraimiento), *proactivos* (innovación), *apolíticos* (ritualismo), *partidistas* (rebelión) e *indiferentes* (conformismo).

(7)
Robert Merton: "Estructura social y anomia", en *Teoría y estructura sociales*, pp. 209-239, FCE, México, 1964.

(8)
Eusebio Megías Valenzuela (Coord.): *Jóvenes y política. El compromiso con lo colectivo*, pp. 203-223, FAD-Instituto de la Juventud. Madrid, 2005.

Dado el ambiente de guerra fría que presidía su época, la tipología de Merton fue confundida con el conservadurismo mayoritario que predominaba en la corriente principal de la sociología funcionalista. Pero en la práctica, su modelo pluralista resulta potencialmente devastador para el monista paradigma neoclásico, al que venía a refutar proponiendo una alternativa contingente y situacional: la eficiencia o funcionalidad del incumplimiento normativo depende de las circunstancias. De ahí que Merton distinguiera entre una pluralidad de efectos funcionales, disfuncionales y

neutrales, según cual sea la escala sistémica (micro, meso o macro) a la que se calculen sus posibles consecuencias aplazadas. Esta filosofía no relativista pero sí pluralista (por decirlo al modo de Isaiah Berlin) es la misma que después habría de retomar el economista mertoniano Albert Hirschman.

Como se sabe, la obra intelectual de este hombre de acción berlinés (9) se caracteriza por elevar una enmienda a la totalidad del paradigma del *homo economicus*. No es cierto que los seres humanos estén predestinados a buscar sólo la máxima eficiencia de su propio interés racional. Por el contrario, disponen de otras opciones alternativas igualmente racionales y legítimas entre las que deben elegir comprometidamente (10). La primera es la *salida*: en lugar de perseguir la eficiencia se puede rehuir la deficiencia, abandonando aquellos compromisos institucionales que resultan ruinosos, injustos, indignos o perjudiciales; es la estrategia del emigrante, del converso, del divorciado, del desertor, del tráfuga o del absentista. Después está la *voz*: en lugar de evadirse del compromiso institucional, cabe resistir en su interior elevando una llamada pública de protesta para reclamar una reparación y un trato más justo; es la estrategia del rebelde, del opositor, del insumiso, del disidente, del contestatario, del revolucionario. Y por último está la *lealtad*: en lugar de evadirse o protestar, cabe permanecer fiel al compromiso contraído, tratando de cooperar y sacrificarse hasta lograr que la situación cambie y mejore satisfactoriamente; es la estrategia altruista del héroe, del voluntario, del defensor, del cooperante, dispuesto a arriesgarse en bien de los demás.

La tipología de Hirschman es más parsimoniosa o económica que la de Merton, pues al margen de la conformidad, sólo ofrece tres alternativas frente a las cuatro de éste. De ahí que no resulte fácil traducir un modelo a otro, si bien cabría identificar la *innovación* de Merton con la *salida* de Hirschman, y la *rebeldía* de aquél con la *voz* de éste; en cambio, la *lealtad* del economista no se corresponde bien con el *restraint* y el *ritualismo* del sociólogo. En cualquier caso, parece mucho más evidente la inmediata aplicabilidad de esta tipología hirschmaniana a las actuales estrategias juveniles. Si retomamos la tipología antes citada (Megías, 2006, p. 204), la *salida* corresponde a los apolíticos y los escépticos, la *voz* a los partidistas y la *lealtad* a los proactivos, quedando el conformismo para los indiferentes.

Al margen de su alternativa pluralista al monismo unidimensional del paradigma neoclásico, la otra ventaja de la tipología de Hirschman es que postula idéntica racionalidad eficiente o funcional para las cuatro opciones estratégicas: conformismo, salida, voz y lealtad. Tan legítimo es cumplir los compromisos institucionales con conformismo como evadirse de ellos, protestar y sacrificarse para mejorarlos. Y esto es así porque, tanto gracias a la salida como a la voz y a la lealtad, los compromisos institucionales también pueden cambiar, llegando a mejorar. No obstante, la tipología de Hirschman presenta una desventaja que ya afectaba a la de Merton, que es la de su individualismo metodológico. Estas tres o cuatro opciones estratégicas, alternativas a la ambición arribista, son exclusivamente personales o egoístas, sin que sirvan para conectarse a un modelo interactivo o relacional (como Hirschman habría de proponer en otro ensayo posterior (11), destinado a analizar el abandono de los intereses privados para comprometerse con la defensa colectiva del interés público). O sea que seguimos en el campo de la teoría del capital humano, aunque ahora ya no sea monista sino multidimensional. Y lo que necesitamos es una teoría pluralista y multilateral del capital social.

(9) Enrique Gil Calvo: "El arte de navegar contra el viento. La travesía de Albert O. Hirschman", en *Claves de Razón Práctica*, núm. 20, 1992.

(10) Albert Hirschman: *Salida, voz y lealtad. Respuestas al deterioro de empresas, organizaciones y estados*, FCE, México, 1977.

(11) Albert Hirschman: *Interés privado y acción pública*, FCE, México, 1986, cuyo título original era "Compromisos cambiantes" (*Shifting Involvements*).

Es lo que proporciona el modelo de cuatro tipos culturales de Mary Douglas, derivado de la teoría de los códigos culturales del pedagogo Basil Bernstein (12). La célebre antropóloga británica postula un campo de comportamientos culturales estructurado en torno a dos ejes de variación (13). Un eje de diferenciación social (*grid*) que varía de un extremo de máxima distancia a otro extremo de máxima igualdad (14). Y cruzado al anterior, otro eje de vinculación grupal (*group*) que varía de un extremo de máxima pertenencia comunitaria a otro extremo de máxima libertad disociativa (15). Cruzando ambas variables en un cuadro de doble entrada se obtienen los cuatro tipos culturales siguientes (16). Ante todo el *conformismo elitista*: máxima diferenciación social y máxima integración grupal. En el ángulo opuesto en diagonal, el *individualismo competitivo*: máxima igualdad, máxima libertad disociativa. Y como alternativa, otra dicotomía que opone en diagonal el *absentismo privado* (socialmente aislado) frente al *colectivismo disidente* (cohesionado como una comunidad igualitaria).

(12)

Basil Bernstein: *Clases, códigos y control* (2 vols.), Akal, Madrid, 1988 y 1989.

(13)

Mary Douglas: *Símbolos naturales*, Alianza, Madrid, 1978, pp. 73-88; y de la misma autora: *Estilos de pensar*, Gedisa, Barcelona, 1998, pp. 56-62 y 94-115.

(14)

Este grado de diferenciación social puede entenderse como distancia social selectiva o excluyente, al modo de Bourdieu en *La distinción*, Taurus, Madrid, 1988. Pero también puede entenderse como dicotomía entre universalismo igualitario frente a diferencialismo asimétrico, al modo propuesto por Emmanuel Todd en su libro *El destino de los inmigrantes*, Tusquets, Barcelona, 1996.

(15)

Este grado de vinculación o pertenencia grupal puede ser hoy mejor entendido en el contexto de la teoría del capital social. Véase el monográfico sobre "Capital social" compilado por Herreros y De Francisco de *Zona Abierta*, núm. 94/95, 2001.

(16)

Usando cierta licencia poética, he modificado levemente la terminología usada por Douglas en su libro *Estilos de pensar*: jerarquía conservadora, individualismo activo, enclave disidente y aislamiento en un remanso (*op. cit.*, p. 58).

"Tipos culturales de Mary Douglas"

		Grado de vinculación grupal	
		Mínima	Máxima
Grado de Diferenciación social	Máxima	RETRAIMIENTO PRIVADO	JERARQUÍA CONSERVADORA
	Mínima	INDIVIDUALISMO COMPETITIVO	COLECTIVISMO DISIDENTE

En esta tipología, la columna de la derecha representa la primacía de lo público (el capital social) sobre lo privado (el capital humano). El tipo superior presupone un orden público asimétrico, desigual y jerárquico, correspondiente al ideal victoriano de sociedad elitista dominada por minorías selectas cuyo liderazgo ritual suscita en cascada la emulación mimética del esnobismo conformista. En cambio, el inferior opta por constituir enclaves colectivistas y disidentes, que luchan por imponer un igualitarismo utópico: y Mary Douglas cita como ejemplos las sectas religiosas o las comunas *hippies* y contestatarias de los años sesenta. Frente a ello, la columna de la izquierda representa la primacía de los intereses privados sobre el compromiso público. Pero también aquí hay dos variantes: el absentismo retraído que se recluye en la privacidad intimista, aislado de los demás por excluyentes fronteras materiales y simbólicas, según el ejemplo de la clase media que huye a las urbanizaciones periféricas para refugiarse en sus chalés ajardinados de propiedad privada; y el individualismo ambicioso y arribista que rivaliza por emular y medirse de igual a igual con los otros para superarles en innovación y competitividad.

Como se advierte enseguida, esta tipología recuerda sobremanera a la de Merton, correspondiendo el elitismo conservador al ritualismo y la conformidad, el colectivismo disidente a la rebeldía, el individualismo competitivo a la innovación y el absentismo al retraimiento. El paralelo con Hirschman es más difícil de establecer, pues sólo la voz coincide claramente con la disidencia, mientras que la *salida* incluye tanto el absentismo como la competitividad y la *lealtad* no es del todo equiparable al conformismo

elitista. Respecto a los tipos de juventud española que deduce Megías, los *indiferentes* y *apolíticos* deberían corresponder al conformismo elitista, los *partidistas* al colectivismo disidente, los *proactivos* al individualismo competitivo y los *escépticos* al absentismo privado. Pero dada la naturaleza de la investigación de Douglas, que se centra en el comportamiento cultural del consumidor, en seguida vienen a la mente otras posibles aplicaciones de sus tipos culturales a la juventud española (17): el conformismo elitista correspondería a los *pijos*, el absentismo privado a los *pasotas* y *bakalas*, el individualismo competitivo a los *trepas* y el colectivismo disidente al *botellón*, a los *okupas*, a las *tribus urbanas*, al voluntariado de las ONG y a los movimientos sociales de protesta.

En cualquier caso, la gran ventaja de la tipología de Douglas es que permite superar el individualismo metodológico de las anteriores, ya que su construcción es explícitamente relacional, interactiva y grupal o comunitaria. En efecto, el que los comportamientos humanos (y entre ellos los juveniles) hayan de ser clasificados en una u otra categoría tipológica ya no depende tanto de las variables sociodemográficas de control (clase social, género, edad, origen, ocupación o capital humano acumulado) como del acceso diferencial a redes de capital social. Es por contagio interactivo, o por aislamiento disociado, que los sujetos se hacen conformistas, trepadores, disidentes o absentistas. Lo cual resulta mucho más verosímil a juzgar por la evidencia empírica, que siempre se ha resistido a confirmar las predicciones de los determinismos estructurales. Así se deduce de las tipologías que emergen de investigaciones como la ya citada del equipo de Megías, cuyos *clusters* no se ajustan a la estratificación de clase ni a los demás *cleavages* de las variables sociodemográficas de control. Y en cambio, tal como se desprende del análisis de Douglas, muy bien pudieran obedecer a la desigual dotación en capital social.

3. Amortización y devaluación del capital social

La hipótesis propuesta, en resumen, es que la distribución típica del pluralismo juvenil (con sus opuestas y contradictorias variedades de compromiso cívico, desde la participación al absentismo) no depende tanto del capital humano individualmente acumulado (que ya se distribuye de forma casi homogénea y aleatoria por toda la juventud, sea cual fuere su género y clase social) como de las redes de capital social a las que se conecta la juventud. Por lo tanto, para poder explicar la diversidad y variación del compromiso juvenil, hay que partir del análisis diacrónico del *stock* de capital social a disposición de la juventud. Y todo parece indicar, en este sentido, que estamos asistiendo a una creciente deslocalización del capital social juvenil.

En efecto, los ingentes cambios sociales y económicos que se han producido en los últimos lustros, desde que se produjo el advenimiento de la terciarizada sociedad postindustrial hasta lo que hoy venimos llamando globalización neoliberal, han determinado que se estén viendo erosionadas las reservas de capital social a la disposición de la juventud, reservas que hasta ahora se invertían con éxito diferencial en el proceso juvenil de inserción adulta. Es el famoso eclipse del capital social, al que ya me he referido en otro lugar (18).

Por supuesto, semejante erosión no es simple, homogénea ni lineal, pues sólo aparece como resultante de un complejo campo de fuerzas opuestas y

(17)
Carles Feixa: *De jóvenes, bandas y tribus*, Ariel, Barcelona, 1998.

(18)
Enrique Gil Calvo: "El eclipse del capital social", en *Claves de Razón Práctica*, núm. 164, 2006.

contradictorias. Así, tal como ensalzan en sus panegíricos los apologistas de la sociedad red y la revolución digital, puede decirse que el capital social de tipo virtual o tecnológicamente mediado (*chats, blogs* y foros de Internet, telefonía móvil, etc.) está creciendo exponencialmente. Además, a partir de experiencias como la migración, el turismo y el intercambio de estudios internacionales (programa Erasmus, etc.), crecen cada día y se extienden sobremanera las redes sociales tanto reales como virtuales a escala global y supralocal. Pero todo esto, que es evidente e indudable, sólo se produce en detrimento de las redes reales a escala local, que se están viendo sometidas a un creciente proceso de amortización y devaluación.

Y lo que se gana por el lado virtual y global de la balanza no parece que pueda compensar a lo que se pierde por el lado real y local. En efecto, si recordamos la distinción entre conexiones fuertes y conexiones débiles, propuesta en teoría de redes sociales por Mark Granovetter (19), advertiremos que el capital social de tipo virtual y global sólo proporciona conexiones débiles; mientras que, en cambio, las conexiones fuertes sólo son proporcionadas por el capital social real y local: y éste es el que se está viendo erosionado a marchas forzadas. A este progresivo declive de las conexiones fuertes es al que me refiero al hablar de amortización y devaluación del capital social juvenil, para referirme a lo que otros autores como Beck denominan proceso de individualización y desfamiliarización (20).

Comenzaré por distinguir entre el capital social *adscrito*, heredado de la familia de origen, y el capital social *adquirido* mediante la inserción en redes de compañerismo escolar, estudiantil, laboral o amistoso. Pues bien, entiendo por amortización del capital social juvenil heredado la progresiva incapacidad de canalizar la inserción adulta de la juventud a través de las redes de influencia, confianza y reciprocidad que vinculan a la familia de origen con su medio social. Durante la larga etapa de acumulación fordista, caracterizada por el empleo estable y vitalicio que permitía sacar adelante a la familia, los progenitores estaban en condiciones de *colocar* o *enclasar* a hijos e hijas recurriendo para ello a su conexión con redes permanentes de amistad, influencia, compañerismo y ayuda mutua.

Pero tras la quiebra del fordismo, la reconversión tecnológica ha acertado el ciclo vital de las relaciones industriales, que ya no pueden transmitirse a la generación sucesora ni ser utilizadas para canalizar la inserción adulta de los descendientes. En consecuencia, los progenitores ya no están en las mismas condiciones que antes para *colocar* o *enclasar* a sus hijos recurriendo al capital social familiar, que está quedando progresivamente amortizado. Y este proceso de creciente desfamiliarización determina el llamado eclipse del padre (21), que deja a los hijos en la posición del huérfano que debe hacerse a sí mismo sin más concurso paterno que el meramente material y nutricional.

Pero si para *enclasar* ya no se puede recurrir como antes al capital social heredado de la familia de origen, esto significa que hoy la juventud depende para ello única y exclusivamente del propio capital social que adquiera por sí misma a partir de su inserción en redes de amistad y compañerismo: primero escolar y estudiantil, después laboral y profesional. Ahora bien, el capital social adquirido a través de estas redes tampoco es ya lo que antes era. Como consecuencia de la precariedad laboral y de la devaluación del capital humano acumulado, que obliga a reciclarse en un permanente proceso de formación continua, las relaciones de amistad, confianza y compañerismo

(19)

Mark Granovetter: "La fuerza de los lazos débiles. Revisión de la teoría reticular", en Félix Requena Santos: *Análisis de redes sociales. Orígenes, teorías y aplicaciones*, CIS y Siglo XXI, Madrid, 2003, pp. 196-230. Véase también Ray Pahl: *Sobre la amistad*, Siglo XXI, Madrid, 2003.

(20)

En un artículo anterior de esta revista, al que me remito, he tratado estos mismos temas, por lo que no hace falta extenderse más aquí. Véase E. Gil Calvo: "El envejecimiento de la juventud", en *Revista de Estudios de Juventud*, núm. 71, 2005.

(21)

Véase Lluís Flaquer: *La estrella menguante del padre*, Ariel, Barcelona, 1999.

que se adquieren en los estudios y en el empleo son cada vez más efímeras y por lo tanto cada vez menos fiables, sin que puedan servir como antes para fundar sobre ellas sólidos lazos de capital social.

A esta progresiva devaluación del capital social adquirido, que cada vez resulta más contingente y precario, es al que Beck denomina proceso de individualización (22). La creciente rotación y movilidad laboral impide anudar amistades duraderas, que se ven sustituidas por un clima muy competitivo lleno de tensión, desconfianza y ansiedad. Y los individuos se sienten progresivamente aislados en un medio social erizado de riesgos que cada vez les parece más hostil y en el que ya no encuentran lugar. Pero lo peor es que esta creciente individualización ha terminado por erosionar la confianza pública, consustancial al concepto de capital social, cuya rápida devaluación se ve desplazada y sustituida por el encierro absentista en una defensiva y desconfiada privacidad insolidaria, que queda privada de lugar social.

Este síndrome, caracterizado por la amortización del capital social heredado y por la rápida devaluación del capital social adquirido, puede ser metafóricamente definido como deslocalización juvenil. Digo deslocalización porque, sin reservas de capital social que le vinculen con su medio interactivo, y sin un lugar social que puedan considerar como propio, la juventud se siente desanclada, desarraigada, desterritorializada, desnacionalizada..., mientras navega flotando a la deriva por una estructura social cada vez más líquida, plástica y fluida, incapaz de pescar sin red empleos o amigos (23).

Y en este sentido, la posición del joven así deslocalizado es análoga o comparable a la del migrante virtual, que es expulsado de su medio originario pero no tiene ningún otro medio social al que dirigirse..., como no sea el de ingresar en redes globales antiglobalización, lo que equivale a una emigración virtual que no tiene lugar. En efecto, la *salida* de Hirschman es la opción del emigrante deslocalizado que ha sido expulsado de su lugar de origen. Pero cuando no hay salida porque no hay lugares de destino adonde inmigrar para arraigarse, al estar todos deslocalizados por la globalización, entonces siempre queda la opción de elevar la voz de protesta antiglobalización, cuando no resulta viable cultivar la *lealtad* con un capital social que ya no tiene lugar.

4. Las redes altermundistas como capital social supletorio

Volvamos de nuevo a explicar la emergencia del movimiento altermundista según la hipótesis de la *deslocalización* a partir de los tres modelos pluralistas propuestos. Interpretado al modo de Merton, habrá que entenderlo no tanto como un ejemplo de innovación proactiva (“otro mundo es posible”) sino más bien como una muestra de rebeldía reactiva frente a los desajustes estructurales causados por la globalización neoliberal en los entornos locales a los que la juventud debe adaptarse para integrarse socialmente. Pues si por un lado la globalización induce las más elevadas expectativas de movilidad social e innovación tecnológica, por otra parte reduce extraordinariamente las oportunidades de integración local. Y como buena parte de la juventud ve frustradas sus expectativas de ascenso social, para adaptarse a la frustración adopta un comportamiento anómico que, dentro de la tipología de Merton, habrá de fluctuar entre el retraimiento

(22)

Ulrich Beck y Elisabeth Beck-Gernsheim: *La individualización. El individualismo institucionalizado y sus consecuencias sociales y políticas*, Paidós, Barcelona, 2003.

(23)

El concepto de “sociedad líquida” procede de Zygmunt Bauman: *La sociedad individualizada*, Cátedra, Madrid, 2001.

absentista, el ritualismo del consumidor hedonista y la rebeldía antisistema que caracteriza al movimiento altermundista. Sin embargo, con este modelo tributario del individualismo metodológico seguimos sin saber por qué cada joven en particular habría de adoptar una u otra estrategia.

Mucho más rica resulta la posible interpretación hirschmaniana. Ante el deterioro de las instituciones locales, causado por la corrosión globalizadora, caben tres posturas alternativas. En primer lugar la *salida* o deslocalización (que da título a este artículo), opción adoptada por los emigrantes africanos, latinos o europeos orientales que abandonan sus entornos originarios destruidos por la globalización para buscarse la vida en los intersticios que proliferan en los márgenes de nuestro desestructurado medio social. Después la *voz* de protesta, estrategia de resistencia que adoptan los rebeldes activistas que participan en movimientos como el antiglobalizador para elevar su enmienda a la totalidad del sistema. Y por fin la *lealtad*, opción altruista adoptada por los voluntarios de las ONG que están dispuestos a sacrificarse por puro civismo renunciado a sus oportunidades de integración local o ascenso social para dedicarse al servicio de los demás.

Sin embargo, en este modelo hirschmaniano la decisión de elegir entre unas u otras opciones también es personal e individualista, es decir, no relacional ni interactiva. Pues cuando Hirschman procede a explicar por qué se abandonan los intereses privados y se contraen compromisos con causas públicas (ya sean de *voz* o de *lealtad*), reduce el problema a una interpretación psicologista: es la *decepción del consumidor* (24) la que lleva al individualista hastiado a sumarse a las movilizaciones colectivas. Como es evidente, este argumento no resulta satisfactorio, pues ignora el marco social interactivo en que tiene lugar la decisión de evadirse o comprometerse a participar. Por eso hay que recurrir al modelo de Mary Douglas para poder relacionar esta decisión de participar o no participar con la trama de relaciones sociales contraídas por el sujeto que ha de adoptar semejante decisión.

Para ilustrarlo, empecemos por la deslocalización pura, o sea la opción de *salida* de Hirschman. Parte de la juventud africana, latinoamericana y europea oriental, impulsada por su deslocalización originaria, está emigrando a Norteamérica y Europa occidental. En cambio, la juventud occidental no lo hace así (pues el voluntariado altruista representa una opción de *lealtad* y no de *salida*), prefiriendo permanecer en su lugar de origen para integrarse, abstenerse o protestar. ¿Cómo entender esta reacción diferencial? Una explicación plausible es la neoclásica o economicista: dado el diferencial de oportunidades de empleo, retribuciones salariales y capital humano, la sobreeducada juventud occidental sólo puede ser atraída por los mercados globales de alta cualificación tecnológica, en su mayor parte situados en Occidente; en cambio, la infraeducada juventud extraoccidental resulta inmediatamente atraída por el empleo manual vacante en Occidente. Esta explicación sólo es compatible con la *innovación* de Merton y con el tipo cultural de *individualismo competitivo* de Mary Douglas.

Pero hay otra explicación adicional, propuesta por la teoría del capital social. Toda la juventud extraoccidental de ambos géneros es atraída por los oportunidades laborales que les brinda Occidente, pero sólo una pequeña fracción decide emigrar. ¿Quién lo hace?: aquellas personas que pueden acceder a redes sociales de parentesco, comunidad de origen o afinidad religiosa, ya instaladas en Occidente, con las que se conectan a distancia

(24)

Expresión tomada de Tibor Scitovsky: *Frustraciones de la riqueza. La satisfacción humana y la insatisfacción del consumidor*, FCE, México 1986. Esta interpretación de Hirschman aparece en su libro ya citado *Interés privado y acción pública*.

mediante redes globales (25). Pero a la inversa no sucede igual, pues la juventud occidental ya no cuenta (como sucedió entre 1870 y 1975 con las grandes migraciones europeas) con redes globales capaces de facilitar su emigración laboral. En cambio, sí puede conectarse a las redes globales altruistas (altermundismo, foros sociales, ecologismo, ONG) que permiten activar no la opción de *salida* (emigración económica) sino las opciones de *voz* (protesta antiglobalización) y de *lealtad* (voluntariado altruista). Y esta otra explicación es perfectamente compatible con la *rebeldía* de Merton y con el *colectivismo disidente* propuesto por Mary Douglas.

Ahora bien, el colectivismo disidente, característico de las redes de protesta, es un cajón de sastre donde cabe de todo, desde el pacifismo más altruista, donde predomina la *lealtad* de Hirschman, hasta el sectarismo antisistema más violento, donde sólo cuenta elevar la voz. ¿De qué depende que se adopte una u otra opción? Si aplicamos la metodología convencional para el estudio de los movimientos sociales, convendremos en que se dan tres tipos de factores (26). Ante todo, la llamada estructura de oportunidades políticas (EOP), según el grado de apertura del sistema (27): los sistemas muy cerrados no dejan más opción que la sumisión o la siempre costosa salida, mientras las sociedades abiertas desincentivan la *salida* y favorecen tanto la *lealtad* altruista como la *voz* de protesta. Esto explica que, tras el 11-S, el movimiento altermundista haya comenzado a declinar, pues las sociedades occidentales se han cerrado y puesto en guardia, con persecución de las libertades civiles en nombre de la seguridad antiterrorista.

Después está el *framing*, encuadre o enmarcado, que permite cuestionar ante la opinión pública la definición social de la realidad para descalificar su legitimidad (28): es la dimensión profética de la voz que denuncia la ilegitimidad del injusto orden vigente, en demanda de un cambio transformador que restaure la dignidad perdida (“otro mundo es posible”). Y por último aparecen las estructuras de movilizaciones: redes sociales a las que se pueden apelar y comprometer reclamando su *lealtad* a la causa y suscitando su participación activa. Es en esta última vertiente metodológica de las redes de movilización en la que se inscribe la hipótesis de la *deslocalización* juvenil.

Si, como acaba de apuntarse, los procesos de individualización y desfamiliarización están intensificando la deslocalización juvenil, esto quiere decir que la participación en las viejas redes locales, como partidos, sindicatos, asociaciones y movimientos comunitarios, ha de entrar en declive. Y que por el contrario, para rellenar su vacío relacional e interactivo, han de emerger nuevas redes sociales deslocalizadas que buscan suscitar y atraer la participación juvenil. Pues como la juventud ya no puede heredar el capital social ni la solidaridad de clase heredados de sus mayores, ahora amortizados por la desfamiliarización, pero tampoco puede adquirir de forma sólida y duradera un capital social propio, enseguida devaluado por la precariedad laboral, la desestructuración social y la individualización, para suplir semejantes carencias puede recurrir de modo compensatorio a participar en los llamados *nuevos movimientos sociales*, que son una forma emergente aunque virtual, deslocalizada o compensatoria de capital social.

Dicho en términos de la tipología de Mary Douglas, la hipótesis de la deslocalización juvenil implica que se debería estar produciendo una paulatina migración social (ya que no geográfica) de la juventud desde conductas socialmente integradoras, compatibles con un alto nivel de capital

(25)

Rosa Aparicio y Andrés Tornos: *Las redes sociales de los inmigrantes extranjeros en España*, Ministerio de Trabajo y AASS, Madrid, 2005.

(26)

Dough McAdam, John McCarthy y Mayer Zald (eds.): *Movimientos sociales, perspectivas comparadas*, Istmo, Madrid, 1999.

(27)

Es la perspectiva adoptada por Manuel Jiménez en su investigación ya citada (*El impacto de los movimientos sociales*) sobre la protesta ecologista en España.

(28)

Antonio Rivas: “El análisis de marcos: una metodología para el estudio de los movimientos sociales”, en Pedro Ibarra y Benjamín Tejerina (eds.): *Los movimientos sociales. Transformaciones políticas y cambio cultural*, pp. 181-215, Trotta, Madrid, 1998.

social, a conductas alternativas encaminadas en una triple dirección. De un lado, el arribismo competitivo de aquellos que logran adquirir su propio capital social. Por otra parte, conductas disociativas, antisociales y absentistas, que compensan su carencia de suficiente capital social con el consumismo adictivo o con el retraimiento pasivo. Y finalmente, una participación residual en movimientos de protesta caracterizados por su colectivismo disidente, como formas alternativas de capital social sustitutorio. Todo lo cual parece compatible con los datos aportados por el equipo de Megías en su investigación sobre el compromiso juvenil colectivo. Y el que se adopte una u otra opción dependerá del tipo de capital social interactivo que posea cada joven: heredado, adquirido y virtual o sustitutorio.

Aquí es donde interviene el tipo del colectivismo disidente que postula Douglas. Como se trata de un comportamiento que manifiesta alto nivel de capital social, debería hallarse en trance de regresión, lo que no parece suceder a juzgar por la evidencia empírica. Es verdad que determinadas culturas de militancia partidista están entrando en declive, como sucede con la pérdida de afiliación a organizaciones obreras y sindicales, lo que confirma el presunto fin de las ideologías. Pero simultáneamente crece el voluntariado altruista, así como la participación en movimientos de *revival* religioso, de protesta cívica (foros sociales) y de contestación antisistema, todos los cuales manifiestan la creciente pujanza de nuevas redes sociales colectivistas.

Para explicar esta contradicción, lo más lógico es entender que tales movimientos emergentes son una respuesta reactiva y compensatoria al déficit de capital social heredado y adquirido que se desprende de la propuesta deslocalización juvenil. Al sentirse carente de capital social propio, que tan necesario le resulta para lograr su inserción adulta, la juventud trata de compensar su carencia ingresando en aquellas redes sociales cuya cohesión, densidad o *efervescencia colectiva* prometa suplir con creces su propia orfandad interactiva. Y ello participando no sólo en redes virtuales (móviles, Internet, etc.) sino también en redes reales (grupos, sectas, bandas, movimientos, pandillas, etc.), dada la superior productividad que en términos de efervescencia colectiva tiene la participación interactiva en carne y hueso.

Esta preferencia por la igualitaria efervescencia colectiva explica que decaiga la participación en redes jerárquicas como partidos y sindicatos, que recuerdan demasiado al conformista elitismo jerárquico, y que se opte por las redes disidentes que aúnan la hirschmaniana voz de protesta contestataria con la más efervescente participación igualitaria. Es lo que ocurre con las célebres *maras* o pandillas juveniles latinas (29), con las sectas religiosas proféticas, con las redes islamistas de protesta antioccidental, con el movimiento independentista radical... o con las redes globales altermundistas, que a veces degeneran en episodios de violencia antisistema. Todos estos movimientos de protesta se caracterizan por dar una respuesta de activismo colectivo ante su propia deslocalización social. Y en la medida en que lo hacen así, están construyendo redes alternativas de capital social compensatorio y sustitutorio, que pueden emerger como respuesta reactiva a su propio déficit percibido de capital social integrador.

El problema es que, muchas veces, tales redes de capital social compensatorio se comportan como redes de *capital antisocial*, en la medida en que puedan generar una catarata de efectos perversos: es lo que ocurre

(29)

Carles Feixa, Mauro Cerbino y Luca Palmas: "El fantasma de las bandas", en el diario *El País* de Madrid, pág. 19, sábado 3 de junio de 2006.

con las *maras* latinoamericanas que violan gravemente los derechos humanos, con las redes de sicarios que inician su carrera en la criminalidad organizada, con la *kale borroka* que constituye la cantera de la violencia terrorista, con las redes islamistas que aportan el caldo de cultivo para la *yihad*..., o con las redes de violencia antisistema que a veces parasitan al movimiento altermundista, aspirando a representar el lado oscuro de su fuerza. Es verdad que tales redes de agresiva autodefensa colectiva, basadas en la confianza, la fraternidad y la ayuda mutua, constituyen una forma de capital social, como también sucede con la propia Mafia. Pero generan tantos efectos perversos que resulta urgente distinguir entre dos formas de disidencia colectiva: la social o constructiva y la antisocial o destructiva.

Así lo hace en efecto la teoría del capital social, que postula dos modalidades de éste (30): un capital social positivo, formado por redes cívicas de confianza generalizada que constituyen un bien público (como los círculos de lectores o las ONG); y otro capital social negativo, formado por redes inciviles y clandestinas que explotan la desconfianza pública que contribuyen a crear: como las mafias criminales o las redes terroristas, que generan un grave problema social. Indudablemente, por perversos que sean sus efectos, estas redes inciviles también son una forma de capital social, puesto que se basan en la confianza recíproca, la complicidad fraterna y la ayuda mutua. Pero se trata de un capital social negativo en la medida en que genera víctimas, vulnera derechos humanos y contribuye a erosionar y a destruir las reservas de confianza pública (o capital social positivo) que constituyen el fundamento de la democracia cívica.

Pues bien, una distinción análoga es la que hay que proponer para diferenciar a las dos modalidades del capital social compensatorio que emerge como reacción a la deslocalización juvenil. Así, dentro del movimiento antiglobalización, de un lado está la juventud que participa en los foros sociales del altermundismo cívico como una forma constructiva de compromiso público. Y de otra parte están los jóvenes desarraigados que toman parte en los actos de violencia antisistema como podrían participar en otras formas juveniles de colectivismo violento: *maras*, *kale borroka*, *yihadismo*, etc... Y para distinguir mejor ambas formas de protesta, la cívica y la incivil, nada mejor que hacerlo a partir de Hirschman, con su concepto de *lealtad*.

La lealtad, es decir, el capital social positivo. Ante la deslocalización neoliberal, existe la doble opción de elevar la voz de protesta o de optar por la lealtad cívica. Si sólo se opta por la protesta, se corre el riesgo de caer en la violencia gratuita y destructiva, en el fondo privatizadora pues tiende a destruir la confianza pública y a generar alarma o fobia social. Pero si la voz se eleva con simultánea *lealtad*, entonces aparece el auténtico compromiso cívico solidario, responsable y altruista, capaz de generar esa clase de confianza pública que sirve de urdimbre y fundamento a la llamada sociedad civil. Pues esta doble exigencia de elevar la voz y a la vez comprometerse con *lealtad* equivale a lo que otros autores denominan *accountability* (31): participación ciudadana con exigencia de responsabilidades y rendición de cuentas a los poderes públicos. Es la misión que debería desempeñar el movimiento antiglobalización, evitando caer en estériles violencias.

(30) Margaret Levi: "Capital social y asocial: ensayo crítico sobre 'Making Democracy Work', de Robert Putnam", en *Zona Abierta* núm. 94/95, pp. 105-120, 2001.

(31) Guillermo O'Donnell: "Accountability horizontal", revista *La Política*, núm. 4, pp. 161-188, Paidós, Barcelona, 1998.

Esta exigencia de lealtad cívica permite disipar un equívoco malentendido, demasiado frecuente en la opinión pública, que tiende a confundir e identificar las movilizaciones altermundistas con meras protestas reactivas

provocadas por la globalización y la deslocalización juvenil, del mismo género que otras muestras destructivas como las bandas juveniles o la violencia antisistema. Pues además de que puedan surgir o potenciarse como respuesta a la deslocalización juvenil, existen por supuesto otros factores causales adicionales que también explican su emergencia, entre los que destaca la propia indignación ética ante los desastres sociales y económicos causados por el neoliberalismo, lo que implica airadas demandas de justicia social. Y en la medida en que lo hagan así, las movilizaciones altermundistas han de ser consideradas como una muestra de participación cívica, es decir, como un ejemplo de capital social positivo y constructivo.

Lo cual no obsta para que los militantes antiglobalización también encuentren en su activa participación en las redes movilizadoras una respuesta compensatoria a su propio déficit de capital social, que si no se canaliza hacia el civismo constructivo bien puede precipitarse hacia formas sectarias e inciviles de protesta antisocial. He aquí el dilema estratégico en que se debaten las redes globales del movimiento antiglobalización, nacidas en parte como respuesta de protesta reactiva ante la deslocalización de la juventud. ¿Consisten en formas emergentes de capital social positivo, capaces de restaurar la confianza pública en declive? ¿O implican formas nihilistas de capital social negativo, destinadas a agravar la desconfianza ciudadana? Sólo el tiempo proporcionará respuesta cierta a esta inquietante pregunta.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

- Axelrod, Robert** (1986): *La evolución de la cooperación*, Alianza, Madrid.
- Beck, B. y Beck-Gernsheim, E.** (2001): *La individualización*, Paidós, Barcelona.
- Becker, Gary** (1987): *Tratado sobre la familia*, Alianza, Madrid.
- Bernstein, Basil** (1988 y 1989): *Clases, códigos y control* (2 vols.), Akal, Madrid.
- Bourdieu, Pierre** (1991): *El sentido práctico*, Taurus, Madrid.
- Bourdieu, Pierre** (1988): *La distinción*, Taurus, Madrid.
- Douglas, Mary** (1978): *Símbolos naturales*, Alianza, Madrid.
- Douglas, Mary** (1998): *Estilos de pensar*, Gedisa, Barcelona.
- Feixa, Carles** (1998): *De jóvenes, bandas y tribus*, Ariel, Barcelona.
- Flaquer, Lluís** (1999): *La estrella menguante del padre*, Ariel, Barcelona, 1999.
- Gil Calvo, Enrique** (1992): "El arte de navegar contra el viento. La travesía de Albert O. Hirschman", en *Claves de Razón Práctica*, núm. 20.
- Gil Calvo, Enrique** (2001a): *Nacidos para cambiar. Cómo construimos nuestras biografías*, Taurus, Madrid.
- Gil Calvo, Enrique** (2001b): "Identidades complejas y cambio biográfico", en *Estructura y cambio social. Libro de homenaje a Salustiano del Campo*, Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS), Madrid.
- Gil Calvo, Enrique** (2005): "El envejecimiento de la juventud", en *Revista de Estudios de Juventud*, núm. 71.
- Gil Calvo, Enrique** (2006): "El eclipse del capital social", en *Claves de Razón Práctica*, núm. 164.
- Herreros y De Francisco** (Comp.) (2001): "Capital social", número monográfico de *Zona Abierta*, núm. 94/95.
- Hirschman, Albert** (1977): *Salida, voz y lealtad*, FCE, México.
- Hirschman, Albert** (1986): *Interés privado y acción pública*, FCE, México.
- Jiménez Sánchez, Manuel** (2005): *El impacto político de los movimientos sociales. Un estudio de la protesta ambiental en España*, CIS y Siglo XXI, Madrid.
- Jiménez, Manuel y Alcalde, Javier** (2002): "La construcción de la identidad del movimiento antiglobalización en España", *Revista Internacional de Sociología*, núm. 33.

Levi, Margaret (2001): "Capital social y asocial: ensayo crítico sobre 'Making Democracy Work', de Robert Putnam", en *Zona Abierta* núm. 94/95, pp. 105-120, 2001.

Megías Valenzuela, Eusebio (Coord.) (2005): *Jóvenes y política. El compromiso con lo colectivo*, FAD-Instituto de la Juventud, Madrid, pp. 203-223.

Merton, Robert (1964): "Estructura social y anomia", en *Teoría y estructura sociales* (FCE, México, 1964), pp. 209-239.

Pahl, Ray (2003): *Sobre la amistad*, Siglo XXI, Madrid.

Requena Santos, Félix (2003): *Análisis de redes sociales. Orígenes, teorías y aplicaciones*, CIS y Siglo XXI, Madrid.

Todd, Emmanuel (1996): *El destino de los inmigrantes*, Tusquets, Barcelona.

Granovetter, Mark (2003): "La fuerza de los lazos débiles. Revisión de la teoría reticular", en Félix Requena Santos: *Análisis de redes sociales. Orígenes, teorías y aplicaciones*, CIS y Siglo XXI, Madrid, 2003, pp. 196-230.